

dación, una peste u otra plaga cualquiera. Frente a un gran mal, ¿quién que no esté fuera de juicio desoirá justamente los preceptos de la ciencia, sea ésta moral, económica, geológica, fisiológica o la que fuere? ¡Curioso caso el del enfermo que, para curarse, atropella las reglas de la higiene!

¿No se ha visto siempre, no se está viendo hoy con lente de aumento, cómo las consecuencias «indirectas» de las guerras son cientos de veces más terribles que las pérdidas de vidas o de territorio, siempre que en la emergencia bélica se recurre—en son de defensa—al ataque atolondrado de los principios mismos que aseguran el orden social?

¡Excelente mecanismo de salvación, ese de arrancar los cimientos de la propia casa, para responder a los tiros de quien la ataca desde la calle!

*
* *

La citación ocasional de un autor, cuando implica acuerdo, lo implica únicamente en cuanto se refiere al trozo citado. Lo digo por Francisco Bacon. Lo he citado varias veces y habré de citarlo otras más. Sin embargo, entre los filósofos de renombre, no conozco otro que haya amontonado en sus obras igual cantidad de disparates. Ignorante de lo que constituía ya la ciencia en su tiempo, no hubo materia (astronomía, física, geología, etc.) acerca de la cual no tratara con una desenvoltura verdaderamente inconcebible en un hombre de tanto genio.